

Autores Correntinos y Valencianos

EL PUEBLO PERDIDO



*y otros cuentos
inspirados en pinturas y
dibujos de José Mizdragi y
Alma Miquel*

Asociación de Artes
y Letras de Valencia

Autores Correntinos y Valencianos

EL PUEBLO PERDIDO

*Y OTROS CUENTOS
INSPIRADOS EN DIBUJOS Y PINTURAS DE
JOSÉ MIZDRAJI Y ALMA MIQUEL*

Asociación de Artes y Letras de Valencia

Asociación de Artes y Letras de Valencia

Comisión Fundadora – Año 1997

Marily Morales Segovia, Jaime Rosa Romero, Pedro Moreno Rubio, Pedro J. de la Peña, Ricardo Llopesa, Liz Antonini, Vicente Perelló La Cruz.

Comisión Actual

Jaime Ramón Miquel, Dirseus Burgos, Federico De Piaggio, Liz Antonini, Thomy Riani, Bárbara Antonini.

***El pueblo perdido
y otros cuentos inspirados en dibujos y pinturas
de José Mizdraji y Alma Miquel***

ISBN: No obligatorio

Registro de la obra colectiva: SAFE CREATIVE

Ilustración de PORTADA: José Mizdraji

Ilustración de Contraportada: Alma Miquel

ILUSTRACIONES: JOSE MIZDRAJI, ALMA MIQUEL Y
MARILY MORALES SEGOVIA

Producción: Asociación de Artes y Letras de Valencia

Auspicia: SADE Filial Corrientes, Argentina. Presidente:
Avelino Núñez.

HERMANAMIENTO CORRIENTES VALENCIA

Valencia, 2025

INDICE

Prólogo, Liz Antonini.....	
Introducción:“Guardián de la Infancia”, de Rocío Palacio y “Duende” de Marily Morales Segovia.....	
Relatos inspirados en obras de José Mizdraji.....	
El pueblo perdido de Nilda Sena.....	
Sueños peligrosos de Avelino Núñez.....	
La pequeña tórtola de Hebe Costaganna.....	
Ave de Paso y Trazos firmes de Gloria Pino Cuadros.....	
El árbol milagroso de Emilia Piñeyro.....	
Sharkas de Tomás A. Riani.....	
Fantasía de Carmen Lensina.....	
Poemas con Cuentos de Betty Kuroki.....	
Tonalidades de mi existencia de Delia de Jesús Romero.....	
El escenario de la vida de Nily Yaeger.....	
Relatos inspirados en ilustraciones de Alma Miquel.....	
Lección aprendida de Pilar Valenzuela.....	
El Hospital Amarillo, de Jaime Miquel.....	
El Espantamiedos de Bárbara Antonini.....	
La mansión de las escaleras oscuras de Juan José Rojas	
El código del cielo de César Florentin.....	
La Nada Carmesí de José Juste Esquer.....	
El espejo de Alba Grismado.....	
Contraportada.....	

PRÓLOGO

Este libro de autores correntinos y valencianos -con la excepción de un escritor de Buenos Aires (Thomy Riani)- contiene voces profundas. Por ejemplo, la voz desencantada de una mujer que regresa a su pueblo natal tras cuarenta años de ausencia para encontrarlo tal y como lo había dejado al marcharse y preguntarse: *“Porqué será que éramos felices?”* de **“El pueblo perdido”**, la aterradora soledad de una niña que *“deambula sin voz por un espacio desconocido y tenebroso”*, dueña de un secreto que la desgarrar en el relato **“Fantasía”** y la reflexión llena de belleza y amor por uno mismo del que se busca más allá de su propia máscara: *“Sé que soy aunque no esté. Sé que existo cuando no estoy y sé que estoy cuando no existo”* de **“La Nada Carmesí”**, por mencionar algunos pasajes.

Escribir a partir de dibujos y pinturas empezó con una consigna simple, una excusa para compartir sensaciones y se ha transformado en un coro de voces que reivindicar la vida con la palabra. Gracias a José Mizdraji, a Marily Morales Segovia y a Alma Miquel por proporcionar a los autores el néctar inspirador de estos relatos y a todos los autores que se dejaron encantar por las obras y aceptaron el viaje de imaginar acompañados. Ellos son: Rocío Palacios Palacios, Nilda Sena, Avelino Núñez, Bárbara Antonini, Gloria Pino Cuadros, Hebe Costaganna, Thomy Riani, María Emilia Piñeyro, Carmen Lensina, Dalia de Jesús Romero, Nily Yaeger, Betty Kuroki, Pilar Valenzuela, Jaime Miquel, César Florentín, Alba Grismado, Juan José Rojas y José Juste Esquer.

Nuevamente...¡Gracias!

Liz Antonini

Asociación de Artes y Letras de Valencia

INTRODUCCIÓN

Guardián de la infancia

La brisa de la noche /me recuerda que aún
me habitan duendes.

Soplan en mi pasado / aquellas sombras casi invisibles
y el guardián de la infancia/ aún está ahí
en mis sueños sin edad/ desovillando historias
de nieblas lejanas.

En mi inocencia de niña/ su risa aún suena luminosa y mágica.
Un duende de infancia / fluye en los días agitados
con calor/ con entusiasmo
marcando el camino feliz / y que hoy no sé dónde está
no sé de sus risas ni de sus juegos / y de sus más grandes anhelos.

Hay días como el de hoy, / en que el duende persiste, renace y vive.
Y me inunda de nostalgia / y me muestra el mundo
con sus ojos de fuego lejano / y me dice: nunca debes dejar de soñar
el alma necesita reír permanentemente.

El duende se halla, a veces, en mi refugio
otras en el pensamiento vivo / ese guardián de la infancia
de un sentir profundo / de memorias inagotables
me encuentra/ niña aventurera
mujer valiente / buscando su duende de amor sin final
su guardián de la infancia inmortal.

Rocío Palacio

Corrientes, 2025

*Rocío E. Palacio: Profesora de Lengua. escritora. Promotora de
la editorial “D”



“Duende”, de Marily Morales Segovia

RELATOS INSPIRADOS
EN OBRAS DE JOSÉ MIZDRAJI



Obra figurativa abstracta 1, José Mizdraji

Nilda Sena

Nació en Corrientes, vive en San Luis del Palmar. Es escritora, docente, gestora cultural, madre y abuela. Integra y es autora de numerosas antologías de poesía, ensayo y cuento.

EL PUEBLO PERDIDO

Un largo viaje, horas que empiezan a reclamar un descanso. Pero falta poco, puedo llegar.

Hace tanto tiempo que me fui, cuarenta, para ser precisa. La ruta está igual, como si los cuarenta años solo pasaron en mí. Cuando más me acerco siento que nada cambió en mí, sólo mi aspecto físico, y mucha experiencia acumulada. No se si servirá de algo cuando llegue al pueblo.

Ya se ve la torre de la iglesia.

Lentamente ingreso al pueblo que me vio nacer hace 72 años. Voy lentamente, mientras me repito, son cuarenta años. Me pregunto a mí misma, ¿qué espero encontrar? ¿Como estará todo?

El cielo no está tan claro como recordaba, el aire no es tan fresco. Los árboles no tienen tantos pájaros cantando en los nidos. Algo cambió.

Mientras conduzco lentamente miro las casas, parecen desoladas, abandonadas. Y ahí recuerdo lo que esperaba encontrar: más viviendas, más gente, más vida, al fin y al cabo, fueron cuarenta años.

Pero no veo que fuera así.

Veo algunos lugares conocidos y mis recuerdos empiezan a llover, nunca se fueron, aunque lo intenté. No había nada bueno para recordar.

Las calles siguen siendo de tierra, las esquinas no me dicen nada, parecen espacios muertos.

¿Qué pasó con el progreso que se creía iba a llegar hace décadas?

Por fin, me detengo frente a la casa. Cuando me fui sus puertas y ventanas eran azules, hoy siguen así, desgastadas, descuidadas. Vereda de ladrillos desparejos, descoloridos. Unos escalones para acceder a la puerta. No me animo a bajar del auto, no me animo a golpear la puerta. Está abandonada -me digo.

Siento que la puerta se abre y veo el interior, la heladera petisa, de una forma extraña, de color azul, un color raro para esa época. La mesa y sus sillas en el centro de la habitación. Percibo el bullicio de un día de cumpleaños. Me veo a mi misma con un vestido rosado, con puntillas y zapatos blancos con presillas. Otros niños a mi alrededor, todos felices. ¿Por qué será que éramos felices? Sería mi séptimo u octavo cumpleaños. Pestañeo, suspiro y la puerta vuelve a estar cerrada. Yo, en el auto mirando, con muchos años más que en ese recuerdo lejano. Ese momento de niñez feliz se enturbia con el recuerdo del tiempo de juventud. Abandono, ausencias, pérdidas. Como si una bomba de gran magnitud hubiera explotado en el patio de la casa. Me resisto a recordar, ya no importa, me fui, hace cuarenta años no estoy acá.

Y entonces vuelvo a mirar la casa, recuerdo el patio, largo y algo angosto, a un costado plantas con flores, llenaban el aire de fragancias. Mi abuela, la encargada de mantener vivo ese paisaje familiar, y del horno de barro salían tantas delicias. ¿Cómo estará el interior de la casa? ¿Y si bajo y llamo a la puerta?

Pero no puedo abrir la puerta del auto, algo me paraliza, sigo mirando la casa por la ventanilla.

Cuánta historia puede guardar una casa, cuántas voces, cuánto dolor. Decido dar unas vueltas por el pueblo, la plaza, la iglesia, la escuela... El tiempo pasó, arrasó con fuerza la vida pueblerina y las ilusiones. Ahora, nadie me conoce, sigo y sigo. Cada recuerdo llega apenas deslizándose en mi piel.

Mi época de maestra, tanta juventud embarcada en proyectos para los niños. El mundo parecía diferente, mejor, el futuro se soñaba con esperanzas. Hoy, no veo ese futuro, ni las esperanzas, todo se fue, como la gente del pueblo.

Este pueblo perdido en el espacio, ni siquiera Google puede encontrarlo. El futuro hoy es pasado, y dejó de existir.

Vienen a mi recuerdo algunos lugares, y esos ojos color verde mar en los que me reflejaba en mi juventud. ¿Que habrá sido de él?, ¿dónde lo llevó la vida? Cuarenta años, me digo.

Hoy, las calles se ven como líneas que se cruzan, secas, desoladas. ¿Dónde está la gente?

Las paredes casi sin color de los edificios que en otros tiempos tenían tanta actividad.

Recuerdo algunas películas de suspenso o policiales francesas, donde el pueblo se ve como una masa de color rojizo amarillento, donde no existen otros colores, donde la naturaleza es lo único que puede atraer las miradas. Así está hoy mi pueblo perdido.

Tan perdido que los rostros se ven como nebulosas, donde al pasar, no parecen verme. Y yo, buscando, escarbando en ese pasado, para conciliarme conmigo misma, para olvidar el dolor.

Líneas del pueblo, caminos sin formas, que intentan dirigir los pasos. Y por fin las viejas cuevas, donde nos prohibían ir, “es peligroso” decían. “sucedieron cosas” también decían. Y entonces, apenas al ingresar, una imagen me asalta inesperadamente. Me atrae, y empiezo a destacar cada detalle, como mensajes especialmente realizados en la piedra para mí, solo para mí. Acaso soy yo misma parada en el centro de la escena, con el cabello suelto y un vestido blanco que tal vez alguna vez tuve.

Rocas, luces y sombras, formas extrañas, como personas sonriendo y despidiéndose, y yo, o la representación de mí misma que veo en la pintura, mirando ese instante de despedida. Siento un vacío. Como hilos de pintura desteñidos cayendo sobre el pueblo que no quiere morir, pero indefectiblemente, es el final. A lo lejos, empieza a divisarse el atardecer entre ramas secas que no pudieron mantenerse vivas. Y al final, el piso resquebrajado indica que pronto nada quedará en el pueblo.

Mi vida en una pintura que alguien realizó en las paredes de la cueva, el autor, desconocido, dejó huellas. Cuarenta años de mi partida, setenta y dos de vida, ¿cuántos más serán?

Alguien perpetuó mi presencia en el pueblo, alguien me esperaba y yo, llegué tarde.

Mis pasos van hacia el automóvil que me espera, para partir. Nunca abriré la puerta azul de la casa, no es necesario, se lo que está ahí.

Alejarme del pueblo perdido para no volver, porque nada queda para recuperar, ni perdonar,

todo está bien en mí, ya nada queda por resolver, no hay culpas. Mi alma sombría de 40 años, hoy recupera la luz.



Obra figurativa abstracta 2, José Mizdraji

Avelino Núñez

Nació en Mburucuyá, Corrientes, en 1970. Escritor. Profesor de lengua castellana y de lengua y cultura guaraní. Licenciado en Letras. Preside la SADE Corrientes.

LOS SUEÑOS PELIGROSOS

Siempre me hallé confrontando la realidad, jugando con el ratón de la dualidad y la confusión de identidad.

Pasa que siempre me pierdo en el laberinto de mi propia mente. Mis pasos silenciosos resuenan en las paredes de espejos que se multiplican hasta el infinito, reflejando mi imagen en un caleidoscopio de gatos idénticos.

Es que yo sueño con que soy un Minotauro, mitad hombre, mitad toro. Siempre soñé con ser un hombre, por la inteligencia que posee, por la chispa divina que brilla en sus ojos, por la capacidad de crear y de amar... y porque el hombre es el único ser capaz de crear belleza con sus manos. ¿Tendré manos o pezuñas? Y también soñé con ser un toro, para tener la potencia y la fuerza que emana de su cuerpo poderoso, para tener el fuego que arde en sus ojos, que arremete sin miedo y no tiene por qué huir nunca.

Mi corazón late con la bravura del monstruo legendario, pero cuando intento bramar, solo emito un lastimero maullido. El desconsuelo se apodera de mi alma y me descubro a mí mismo pequeño y vulnerable en el centro del laberinto.

A pesar de la adoración y la veneración que recibo, no estoy conforme con ser un gato. Mi espíritu anhela la fuerza y la potencia del Minotauro, y mi corazón sigue soñando con la libertad de ser un monstruo legendario.

En el laberinto de espejos, me pierdo y me encuentro, me reflejo y me multiplico en un ciclo infinito de sueños y desilusiones. Y sin embargo, sigo soñando, sigo anhelando ser el Minotauro, aunque solo sea por un instante, en el reino de los sueños.

En este mundo de sombras y reflejos soy el dueño del laberinto, pero también soy su prisionero. Y en el centro del laberinto sigo maullando, sigo soñando, sigo siendo el Minotauro de mis propios sueños y el hombre maravilloso, ser de oro que puede alcanzar el cielo... el hombre, mezcla de dios, sol y flores en el universo.



Obra figurativa abstracta 3, José Mizdraji

Hebe Costaganna

Profesora de Educación Física de San Carlos Corrientes, Argentina. Escritora aficionada que busca liberar sus emociones a través de las palabras.

PEQUEÑA CARDENAL

En un bosque de abundante vegetación, donde habitaban animales de diferentes especies, vivían en lo alto de un jacaranda, una familia de cardenales.

Aún no me había acostumbrado a la vida en el nido, como tampoco a todo lo que había a mí alrededor,

- Pío, pío, pío – exclamó. Lo que significaba: Deben empezar a volar.

Junto con mis hermanos, y por cierto el mayor no era muy agradable. Todos, salvo yo, dijeron al unísono:

- Queremos volar, queremos volar.

Estaba muy asustada, pues no sabía qué hacer. Había observado muchas veces a los demás pájaros cuando desplegaban sus alas y como por arte de magia se elevaban en el cielo. Pero tenía terror al pensar en caerme.

- ¡No! – gritó mi mama, dándose cuenta de que el tiempo era malo para realizar su primera experiencia.

- Pío, pío, pío –expresaron mis hermanos-. Pío, pío, pío. Que es como decían: Queremos volar.

- Para eso hemos aprendido y vos nos dijiste que hoy sería nuestro bautismo de vuelo.

Batían las alas y ensayaban. Uno tras otro mis hermanos planearon sobre mi cabeza, ridiculizándome.

- ¡No se vayan! –suplicó mama-. La tormenta se aproxima, pronto lloverá.

Sin embargo, mis hermanos me jugaron una broma de mal gusto. Sabiendo de mi miedo, me empujaron e hicieron que cayese sobre unas ramas (que si no fuera porque el azar quiso que me sujetasen, no contaba el cuento), y siguieron, desobedientes, saltando de rama en rama, con mi madre mirándolos inquieta, preocupada por su actitud.

- ¡A volar, a volar!-. chillaron ellos enloquecidos, burlándose de mí. Desconsolada, dolorida y humillada por las burlas de mis hermanos, decidí seguir a pie por el bosque. Tenía mucho miedo, ya que había diversos animales mucho más grandes que yo, con experiencia, conocedores del lugar, ante los que me encontraba indefensa. De repente, temblorosa, escondida bajo las hojas de un arbusto, escuché la canción más sana, más limpia, más alegre, la canción del aire puro que se mezclaba con el sonido de un canto familiar, llegándome a los oídos como verdadera melodía. Sí, era el canto de un cardenal.

Avancé rápidamente entre el pastizal y vi montones de pájaros con el inconfundible plumaje rojo intenso que llegaba hasta el pecho, cuerpo blanco, alas y patas grises, eran inconfundibles y semejantes a mí, eran cardenales.

Me incorpore a ellos con cautela y cuidado. Uno solo hablaba, era más grande y mayor que los que lo rodeaban, que eran de mi edad. Aquella pequeña comunidad me recibió abiertamente, eran muy agradables e inteligentes, sobre todo el mayor, quien escuchó lo que le conté sobre mis problemas y miedos. Me invitaron a oírlo, los estaba instruyendo para su primer vuelo, no dudé en quedarme, el gran cardenal nos relataba historias de pájaros de todas las especies que volaban.

Entre otras muchas más historias y anécdotas, nos dijo que los pájaros estábamos hechos para volar, y que, si no queríamos o fallábamos por miedo, temor o dudas, era que no habíamos hecho bien la tarea. Nunca me habían hablado con tanta claridad. Quedé tan fascinado con sus dichos que a la mañana siguiente me levanté con mucha energía y entusiasmo. El sol se podía ver en el horizonte, respiré hondo, cerré los ojos y me dejé

caer al vacío, despreocupada. Cuando los abrí, recorría el espacio a pocos metros del suelo libre, con una sensación indescriptible, sacudí mis alas con fuerza y decisión haciendo que me elevara más alto, entre árboles, arbustos y lagunas, me sentía libre, pudiendo por fin actuar según mis deseos. La fuerza que sentía parecía pertenecer a otro cuerpo. Y entonces lo vi, el espejo, el portal a otro mundo más bonito que en la descripción del viejo cardenal y de mi madre. No lo pensé dos veces... volé y volé...simplemente...

Después de darse un buen festín disfrutando de sus nuevas habilidades, el pequeño cardenal volvió al sitio donde estaba la bandada esperando que llegue la noche, cada uno en su nido. Menos mal que se dio cuenta a tiempo de que era el único que estaba sin un lugar, huyendo en busca de una rama alta y escondida en la que dormiría.

A la mañana siguiente la pequeña cardenal decidió fabricar su propio nido en un lugar cercano a los otros. Con mucho trabajo logró levantar su propio hogar. Muy despacio fue trayendo trocitos de ramitas, hojas, raíces, corteza y pelos. No era tan acogedor como en el que había vivido desde su nacimiento, pero no estaba tan mal para ser el primero que construía. Semanas después los papás de la pequeña cardenal, pudieron saber de ella y fueron a buscarla.

- ¡Vaya, hija, parece que has sabido valerte por ti misma! -dijo su padre, emocionado y asombrado.

- Me enseñó un amigo muy generoso e instruido- respondió.

-Tu nuevo nido es bonito, seguro y confortable -aseguró su mamá-. Nosotros levantamos uno aquí muy cerca.

- ¿Se quedarán conmigo? -preguntó la pequeña, muy animada.

- Has demostrado que puedes valerte por ti misma -dijeron sus padres-. Es momento de que comiences a pensar en vivir tu vida y en formar una familia.

- Pero ya tengo una familia. Son ustedes –contestó.

-Estaremos muy, pero muy cerca para respaldarte, ya eres mayor y tienes que empezar a comportarte de esa manera -dijo su mamá.

Y así fue como la pequeña cardenal empezó a vivir la vida por su cuenta. Y con sus amigos, como el gran cardenal le había enseñado. Más adelante fue muy feliz junto a un pajarito del que se enamoró intensamente, y con el que tuvo muchos pajaritos.



Obra figurativa abstracta 4, José Mizdraji

Gloria Pino Cuadros

Gloria de los Angeles Pino Cuadros Vargas nació en Corrientes, Argentina. Médica y escritora.

AVE DE PASO Y TRAZOS FIRMES

La vivienda era antigua y tranquila. Los dueños vivían en planta baja, y el primer piso estaba destinado al alquiler para estudiantes mujeres.

Claudia, una residente médica fue a vivir allí temporalmente. Llegó una mañana de mayo, con toda la ilusión de cumplir los sueños que acompañaban a la formación profesional, aunque para ello debía abandonar la comodidad y la practicidad de su hogar, y se aventuraba a lo desconocido sabiendo que el camino podría ser dificultoso.

Ella llegó como quien llega a un lugar poco afín, y se instaló sin siquiera deshacer las maletas que permanecían siempre listas para partir.

Los días pasaban rápidos, pero la noche se tornaba oscura y no por falta de iluminación sino por las sombras que se dibujaban en la vieja casa. Los ruidos del silencio y la soledad se hacían sentir.

Una pintura de líneas rectas oscuras, que jugaba con los espacios en blanco completaba la decoración de una pared también blanca. Las sombras del comedor y los muebles caoba agregaban una cuota de languidez al lugar, y un reloj de pared con péndulo y ruido perturbador completaba el cuadro.

Sobre el escritorio de Claudia, un cuaderno entreabierto mostraba garabatos y líneas firmes y otras de trazo débil que representaban tareas cotidianas, dibujos abstractos de ideas con luces y sombras, risas y llanto, sueños y desilusiones. Se iría armando un cuadro con el correr de los días.

Y las horas pasaban y cuando el cansancio vencía todo claroscuro, el sueño soñaba su propio sueño, y la noche mecía los anhelos. Pero pronto la campanita del reloj despertador aturdía sin clemencia y la mañana traía de nuevo la rutina laboral, que además de imprimir las pautas de una formación académica, tenía las marcas de hegemonías y jerarquías autoritarias, que se imponían sin recelo ocasionando agotamiento físico y psíquico.

La casa fue tornándose compañera y refugio. Las cortinas parecían danzar con la brisa cálida del verano y el viento del sur en invierno. El reloj siguió marcando las horas y el almanaque pasó casi sin parpadear.

El barrio parecía tranquilo. Las calles somnolientas eran compañía fiel de las madrugadas y de las noches marcando el camino de ida y de regreso, y la luz mortecina de la esquina era el faro guía en la travesía de tan solo tres cuadras desde la casa hasta el gran centro laboral.

Ese centro que esperaba con los brazos abiertos, acompañando cada paso, cada instancia como testigo silencioso de las horas de trabajo, de guardia, de estudio, de formación. Sus pasillos guardaban los secretos de tantas aves de paso. Eran los confidentes incondicionales de los residentes de todas las especialidades. Allí quedaron las risas, el llanto, los rezos, las palabras de apoyo, agradecimiento y las conversaciones vagas con otras aves de paso, en los escasos momentos de ocio, y hasta el mate, un poco frío, de las noches de guardia.

—Es tan importante la comunicación y la socialización— pensaba Claudia, y así, hallaba el modo de entablar alguna conversación hasta consigo misma. Y luego de aquellas jornadas laborales, ya en la vieja casa, completaba su cuaderno con trazos de líneas rectas, claras y oscuras, espacios en blanco y luminosos y otros un tanto opacos. Contenía resúmenes de casos clínicos, resultados de laboratorios, esquemas terapéuticos, organigramas y síntesis para discutir en ateneos clínicos, y algunas líneas y dibujos abstractos, que solo eran descargas después de una jornada agotadora. Y lo que comenzó como una hoja con garabatos, se convirtió en un cuadro diario cargado de trazos firmes solo entendibles por su dueña.

Transcurrió el tiempo casi sin parpadear y llegó el momento de partir. En la despedida, la dueña del lugar levantó la mano en señal de saludo y solo dijo— ¡Adiós, ave de paso!

Aquella casa habrá guardado, quizás, un vago recuerdo de una chica de bata blanca, y del cuaderno, con los trazos fuertes en sus hojas gastadas. Y Claudia guardó el recuerdo de su paso por allí, en un rincón de la memoria, que también dibujo con trazos firmes, algunos luminosos y otros un tanto opacos.

Siempre se halla un cuadro con trazos fuertes y otros débiles en combinación armónica, adornando un espacio, y siempre hay un ave de paso dibujando y dejando huellas en algún lugar.



Obra figurativa abstracta 5, José Mizdraji

María Emilia Piñeyro

Saladas, Corrientes. Profesora de Nivel Secundario, Asesora de Proyectos de Investigación Educativa. Escritora y Madre.

EL ARBOL MILAGROSO

Una niña llamada Esperanza desde muy pequeña fue criada en una familia con mucha fe. Ella, cómo todos los niños del mundo, esperaba el mes de adviento para buscar junto a su Padre las partes del árbol y sus diferentes adornos, algo tan tradicional como emotivo para un niño.

El ocho de diciembre, es el día que todos dedican a hacer volar su creatividad y como un juego, disfrutar en familia de ese maravilloso momento del armado del árbol y pesebre de navidad.

Para Esperanza, el armado seguía hasta el quince de diciembre, esa fecha sería muy especial en el futuro.

Ella decía que con el árbol renacían la ilusión, la alegría y el Amor, a esa nueva vida que cada año traería Paz, Unión, Esperanza y Calma en las Familias.

La niña hacía honor a su nombre: "¡Esperanza!"..., en cada adorno que colocaba, globos de cristal de colores radiantes , animalitos silvestres, pájaros de colores, estrellas brillantes repartidas por toda la inmensidad del pino con luces destellantes , que desde donde quiera que uno mirase, ellas parpadeaban su gran brillo,... ¡todo da a vida!.

Era una niña muy creativa, ingeniosa y feliz con lo qué hacía; fabricó una estrella muy especial, "¡cómo la de Belén!" -decía- una estrella que tenía cola larga, cómo la de un cometa, para qué a través del camino que recorría su Luz, los ángeles de Dios dieran vida a aquel árbol y que el Niño Jesús junto a la Virgen María y San José fueran encontrados en el establo por los tres Reyes magos y Pastores.

Durante años, Esperanza junto a su Padre tuvieron ese bello ritual entre Padre e Hija. La niña fue creciendo, arraigada a las costumbres de su fe y tradición familiar. Se hizo señorita, mujer, se enamoró y al tiempo se casó. Parte de su herencia decía, fue el árbol de su vida.

Misteriosamente aquel hombre que eligió como compañero, también tenía su propio árbol. ¡No era cualquiera...era el del milagro! Su amado nació diez días antes de navidad, en pleno adviento; su Madre había puesto junto a su cuna un pequeño árbol.

En los festejos de la noche buena, previos a los de navidad, una bala perdida cayó en la cabecera de la cuna de aquel niño recién nacido. Fue el árbol quien lo salvó, pues desvió aquella bala, salvando la vida a aquel bebé que milagrosamente sobrevivió.

Esperanza jamás perdió la costumbre de hacer el árbol navideño con su Familia; con los años echaron raíces en otras tierras y plantaron otro pino. Y Ella sigue dándole gracias al Árbol de los Milagros por la Vida de Su Amado y por la familia que formaron.

Thomas A. Riani

¿De dónde vengo? No lo sé, ni me importa. Nací bajo un cielo gris, hijo de un escocés que nunca dijo una palabra sobre los escritos que le enseñaba. Aprendí a escribir no de libros, sino de silencios y miradas.

SHARKAS, EL ÚLTIMO BASTIÓN

En los confines más remotos de Arkaia, donde las montañas se erguían como gigantes enmudecidos y el tic-tac del tiempo mismo parecía haberse disuelto en la quietud, existió una criatura cuyo nombre resonaba en los oscuros pliegues de una imagen arraigada a la memoria humana. El viento, gélido y ajeno a la presencia del hombre, llevaba consigo auroras de leyendas perdidas sobre Sharkas, el último refugio de un mundo que había olvidado la esencia de la libertad. Arkaia, que en otros resplandores había sido un reino de esplendor y maravillas, se reducía ahora a un crítico desierto de ruinas, donde lo que una vez fue sublime y grandioso yacía consumido por el siniestro olvido. Las cuatro lunas, antaño testigos de victorias y cantos en los cielos, ya no iluminaban con su fulgor el destino de ese lugar; las estrellas, antes cómplices de promesas celestiales, parecían mirar desde la distancia, indiferentes y vacías. Como un juglar de la misma desolación, Arkaia ya no recordaba su antiguo esplendor ni el modo de ser libre, y su melancolía se extendía como una epifanía interminable sobre una tierra que había dormido, pero sin el cómo soñar.

Sharkas, tal vez, era la última evidencia de aquel mundo que se desvanecía en la niebla del tiempo, no era como las criaturas que poblaban las antiguas tierras de Arkaia, seres pequeños o gigantescos, comunes o extraordinarios. Su presencia, en cambio, era la manifestación misma de lo sobrenatural. De una magnitud tan inhumana que desbordaba la lógica misma de la naturaleza, su figura se alzaba sobre las montañas como un rey olvidado que, aún en su caída, mantenía la dignidad de su estirpe. Su cuerpo, imponente y cubierto por una melena dorada que parecía haber sido tejida con hilos de luz solar y sombras nocturnas, recordaba a la de un león, pero con una distinción que solo una criatura de su calibre podría ostentar. La melena, que caía en cascadas, por su cuello y espalda, no solo era una corona de pelo, sino el símbolo de

su soberanía ancestral sobre la naturaleza misma y sus elementos. Cada hebra parecía vibrar con una energía cósmica, reflejando tanto la luz como la oscuridad, una dualidad que coexistía en armonía, algo que solo los seres de leyenda podían conocer. Pero el esplendor de su físico era apenas el preludio de lo que verdaderamente lo hacía único. Su rostro, una mezcla de majestuosidad y melancolía, estaba marcado por un solo ojo, situado en el centro de su frente. Ese ojo no era simplemente un órgano de la visión; era un portal hacia lo desconocido, un refugio de misterios tan profundos como las mismas estrellas.



Obra figurativa abstracta 6, José Mizdraji

Resplandecía con un fulgor imposible, como si fuera la cristalización de la sabiduría de los milenios. Era un ojo que podía ver las cicatrices del pasado, las huellas de las batallas libradas en un tiempo que ya se había desvanecido, y al mismo tiempo, el peso de las sombras del futuro, los ecos de un destino que se tejía con la misma fragilidad que las hojas caídas en otoño. Aquel ojo era como el faro de un naufragio: luminoso, pero mortalmente enigmático.

Quienes se atrevían a cruzar sus miradas sentían una aguda punzada en el alma, como si una revelación demasiado grande para comprender los consumiera, vaciándolos de su propio ser. Aquella mirada no solo otorgaba sabiduría; otorgaba la verdad cruda, inabarcable, de un mundo que ya no era, de un tiempo que se había ido, pero que seguía latiendo en los rincones olvidados de la memoria.

Y sin embargo, ese peso no era solo un castigo para los ojos ajenos, sino también para el ser mismo de Sharkas. Él no era solo el último de su especie, sino también el último vestigio de una era dorada que el tiempo había devorado. Ser el último era un destino tan grandioso como aterrador. La carga de proteger un mundo que ya no existía lo había convertido en un espectador solitario, que caminaba entre las ruinas de su propio imperio, sin ningún ser que lo acompañara en su eternidad de sombras y olvido. En su interior, sin embargo, persistía una llama inextinguible, una llama que deseaba desesperadamente liberar al mundo de su condena, de su caída irrevocable hacia el abismo del olvido. Y aunque Sharkas sabía que no podía restaurar lo que se había perdido, seguía siendo el último defensor de los recuerdos, de lo que alguna vez fue, de lo que aún podía salvarse.

Pero nadie, ni el más valiente de los humanos, se atrevía a acercarse demasiado a él, pues aquellos que lo hacían se sumergían en una tristeza insondable. En su cercanía, el peso de la verdad y el desgarró del tiempo eran casi insoportables. La criatura sabía lo que significaba ser el último, y lo sabía en lo más profundo de su ser, un saber que ningún ser mortal podría comprender: ser el último significaba ser la última esperanza, pero también la última carga, el último grito ahogado en un mundo que ya no podía escuchar. Y sin embargo, Sharkas caminaba, solitario y orgulloso, como un eco de lo que una vez fue un reino entero, un reino que solo existía ahora en su alma inmortal y en las leyendas susurradas por el viento entre las ruinas de Arkaia.

Sus patas eran largas, más largas que las de cualquier león, pero sin embargo, no perdían la gracia de su porte.

Cada zancada que daba era silenciosa, como si sus pasos fueran absorbidos por la misma tierra, como si todo cuanto tocara se rendía ante él. Su andar parecía danzar al ritmo de un viento invisible, como si el mismo aire a su alrededor le rindiera homenaje. Sin embargo, su caminar no era solo de majestuosidad; también era de sufrimiento. Las huellas que dejaba en el suelo no eran simples marcas, sino símbolos de la carga de siglos de lucha, de batallas en las que había sido derrotado, pero que nunca lo habían quebrado del todo.

Y en esos días sombríos, cuando el horizonte parecía más cercano que nunca, un joven llamado Aelius emprendió un viaje. Aelius no era un héroe común. No tenía la fuerza de un guerrero, ni la astucia de un sabio. Era simplemente un hombre de corazón ardiente, que veía con los ojos de la esperanza lo que otros ya no veían. Había escuchado las historias sobre Sharkas, sobre el último bastión de la libertad que quedaba en Arkaia, y sintió que su destino estaba sellado. La sombra de un imperio maligno, que ya había arrasado tierras enteras, avanzaba sin piedad desde el este, buscando dominar todo lo que quedara, destruyendo la naturaleza misma.

El viaje de Aelius fue largo y tortuoso. A través de bosques densos, de selvas impenetrables, cruzó desiertos donde el sol parecía un enemigo feroz y montañas cuya cima nunca era visible. Pero el joven no se detuvo. Sabía que en algún lugar, oculto entre los pliegues de la tierra, Sharkas lo esperaba. En sus sueños, sentía la presencia de la criatura, una llamada sutil, como un susurro de la misma naturaleza.

Finalmente, cuando el sol, ya moribundo, se desvanecía lentamente en el horizonte, Aelius llegó al valle oculto entre las montañas, un sitio cuyo aire estaba impregnado por una quietud tan densa que el tiempo parecía haberse olvidado de él. Allí, en un campo de hierba dorada que reflejaba una luz vacilante y crepuscular, Aelius encontró lo que había buscado durante tanto tiempo: a Sharkas.

La criatura, inmóvil en medio de la vasta pradera, era una presencia tal que el aire mismo temblaba a su alrededor. Su tamaño desbordaba toda lógica, y su majestuosidad rozaba lo inalcanzable. Aelius, parado ante ella, no podía discernir si estaba ante una manifestación de la naturaleza o ante un vestigio de lo que había sido el mundo antes de la caída. La mirada de Sharkas, fija en él, penetró su ser con tal intensidad que, por un fugaz instante, Aelius

creyó que su alma era arrancada de su cuerpo, como un eco perdido en el abismo del tiempo. Sin embargo, en ese vacío, algo despertó en él: la comprensión de que no debía temerle. Sharkas no era un monstruo, sino el último vestigio de un mundo que ya no existía, el guardián de una esperanza olvidada.

"Sharkas", dijo Aelius, su voz temblorosa pero llena de una firmeza nacida de la desesperación, "el imperio del mal avanza sin cesar, y el mundo se oscurece. ¿Cómo podemos enfrentarnos a lo que se avecina?"

La criatura no respondió con palabras. Su único ojo brilló con una luz que envolvía el valle, como si la esencia misma del universo residiera en él. Aelius no podía comprender la profundidad de esa mirada, un lenguaje sin palabras, una sabiduría antigua que lo desbordaba. Y entonces, la melena de Sharkas se alzó al viento, y con un rugido que resonó como un eco de tiempos olvidados, Sharkas habló:

"El mal que se acerca no puede ser derrotado solo con la fuerza de tus brazos. Las sombras no se disipan con espadas ni con sangre. La verdadera lucha no es contra un imperio, sino contra el olvido. El olvido consume no solo cuerpos, sino el alma misma de lo que fue. Los hombres ya no recuerdan lo que significa ser libres, lo que significa proteger la belleza del mundo. Si quieres vencer, debes buscar lo que permanece vivo en los corazones de aquellos que se niegan a olvidar. Mi poder no es eterno, pero en ti, y en aquellos que se unan a ti, puede renacer."

Aelius comprendió, por fin, la magnitud de su misión. No era una guerra de espadas ni magia; era una guerra por la memoria, por el alma misma del mundo. Lo que Sharkas revelaba no era solo una lucha contra un enemigo tangible, sino contra la niebla del olvido, que había borrado lo que la humanidad ya no podía recordar.

Con el corazón ardiendo en una esperanza renovada, Aelius se unió a Sharkas. Juntos, marcharon hacia el este, donde el imperio oscuro aguardaba su ascenso. La lucha que siguió fue feroz, y el mundo se estremeció bajo el peso de los ejércitos. Los cielos se oscurecieron, pero a medida que avanzaba Sharkas, su resplandor se convirtió en un faro de resistencia, una luz que convocaba a todos los que aún recordaban a unirse bajo el estandarte de la libertad.

No solo hombres, sino criaturas de todas las formas respondieron a la llamada. En sus corazones, aún ardía el eco de la memoria. Las batallas fueron largas, y el sudor, la sangre y las lágrimas se confundieron en un paisaje de desesperanza. Pero a medida que avanzaba Sharkas, su luz iluminaba el alma de los que luchaban junto a él. No era solo un faro en la batalla, sino la luz de la memoria misma, y aquellos que la veían no podían sino seguirla.

Finalmente, después de interminables enfrentamientos que desgarraron la tierra, la oscuridad fue derrotada. El imperio del mal, que avanzaba como una marea destructora, se desplomó ante la unidad de aquellos que se negaron a sucumbir al olvido. El mundo, por un breve instante, respiró con la libertad que le había sido arrebatada, como si el tiempo mismo se detuviera. Sharkas, agotado pero victorioso, se retiró hacia las montañas. Su figura, envuelta en la luz del ocaso, se disolvió como un sueño al primer rayo del amanecer. Su partida no fue un adiós, sino una transformación: su ser se disolvió en el viento, en el tiempo, en la naturaleza misma. La memoria de Sharkas permaneció, no como un simple recuerdo, sino como un principio incorruptible: la luz que nunca se apaga.

Aelius comprendió finalmente que la verdadera victoria no residía en la destrucción del mal, sino en la preservación de la memoria. La memoria es el único reino que no cae, el único bien que no se puede robar. Así, mientras las estrellas continuaban su danza eterna y las montañas susurraban sabiduría, el espíritu de Sharkas seguía siendo el faro de aquellos que luchan por mantener viva la verdad, la libertad y la belleza, en un mundo que siempre tiende a olvidarlas.

"El olvido es la sombra que devora el alma del mundo. Solo aquellos que recuerdan, que preservan la memoria de lo perdido, pueden encender una luz capaz de desafiar la oscuridad que todo lo consume."



Obra figurativa abstracta 7, José Mizdraji

Carmen Lensina

Nació en Curuzú Cuatiá y reside en Corrientes .

Licenciada en Kinesiología y Fisiatría Madre , escritora , poeta.

Gestora de Paz

FANTASIA

Las noches eran interminables , la habitación era "su cárcel", las paredes llenas de humedad , dibujaban escenas que ella , prefería no recordar.

Cuando el sol asomaba por la ventana, soñaba que tendría un día nuevo , pleno , feliz , sin la presencia horrenda de ese "ser" que tanto la perturbaba.

Quizás, ese sería el momento ideal , porque al levantarse y trasladarse al comedor , observó que no había nadie en la casa , por lo tanto podría contar a su madre aquello que la tenía temerosa.

Se persignó , y elevando los ojos al Cielo , se encomendó a su Dios , ese que siempre la acompañó y que hoy , no sería la excepción..

Abrió la puerta del dormitorio llamándola suavemente , para no alterarla ni asustarla , pero...no encontró respuesta.

Siguió buscándola por todas las habitaciones , por la galería ,la cocina , el baño , y ... nada, su mamá no estaba.

De pronto , siente que alguien está detrás de ella , y comienza a temblar como le sucede cada vez , que en la soledad de la noche su cuerpo se siente "tomado" por unas manos desconocidas.

Giró bruscamente su rostro a pesar del miedo , y tan sólo encontró una sombra gigante que no podía distinguir , pero que se le acercaba con lentitud.

Otra vez el atardecer de su mente se obnubiló y los fantasmas se hicieron carne en ella , azotándola sin piedad , mientras su cuerpo se elevaba sobre ramas , que parecían brazos , atrapándola y meciéndola de un lado a otro.

Todo se tornó oscuro , el gris de un cielo quimérico le devolvía la imagen y el rostro apesadumbrado de una mujer, que tan sólo la miraba.

Sin poder ella emitir sonido alguno, se dejó caer nuevamente a ese pozo profundo , donde el silencio sería por siempre el dueño de su secreto , mientras deambularía sin voz por ese espacio desconocido y tenebroso..



Obra figurativa abstracta 8, José Mizdraji

Betty Kuroki

Es correntina, escritora, docente, diplomada en Literatura infantil y juvenil. Madre y abuela.

POEMAS CON CUENTOS

(Para Niños de 6 a 8 años)

Rueda del Sol , números y planetas...
Rueda que ruedan Sol, números y planetas
repito, repito y ya se las cuentas:
dos por seis son doce y cinco por diez , cincuenta...
Rueda que ruedan Sol, números , planetas
y los duendes pequeñitos que invadieron mi cuaderno,
Incontables y traviesos, de otro planeta , tal vez, creo...
Será mi imaginación, un juego o un sueño...

La verdad no lo se, mas de verdad agradezco,
haber aprendido las cuentas,
ahora que falta poquito para volver a la escuela...
Rueda que ruedan, Sol números planetas,
no me quiero olvidar de los duendes de las cuentas.
Despues les contaré cómo aprendí las letras,
ahora estoy emocionado, sonrío de solo pensar:
¡Me felicitará mi maestra!

(Para niños de 8 a 12 años)

Seis pulgadas de tanto desconcierto
El sol con su luz incendiaba el cielo de mi pueblo,
de pronto, sobre mi pierna izquierda: algo vivo se desplazaba.
Una criatura con forma humana, cuya altura no llegaba a seis pulgadas...
Un duende travieso me dije y lo dejé cumplir su cometido,
mientras sigilosamente, lo observaba,
jamás pensé que un batallón de miles como él lo acompañaban,
me ataron de pies y manos, me inmovilizaron,
y pudieron conmigo , eran pequeñitos pero eran tantos!
Entonces supe que me veían cual gigante
y rugí tan fuerte que huyeron espantados.
Cuando termine de desatarme, tratando de entender tan confuso evento
Logre entonces despertar, creo... no sé si fue verdad o solo un sueño!
Y no quiero anticipar más detalles de esta experiencia
las reservo para un trabajo más exhaustivo, más serio,
aún no puedo explicar, aquellos hilos enredados en mis dedos,
y de cómo desatar mis pies costó tanto... No sé explicar tan insólito suceso:
de hilos aturrullados , hombrecillos de seis pulgadas, espanto y desconcierto!



Obra figurativa abstracta 9, José Mizdraji

Dalia de Jesús Romero

Es correntina, escritora, poeta, artista plástica, tallerista, y conductora de programa radial.

TONALIDADES DE MI EXISTENCIA

Hurgando en los tintes azules, celestes, turquesas de esos trazos vívidos, reales y misteriosos de mi existencia, me complace respirar el aroma del destino diseñado para mí.

Contemplo extasiada. Claramente la respuesta a todo es ¡ Gracias, Señor!

Son surcos, líneas, sombras, rostros, pájaros, mariposas, llanto, agua, cielo mar, montañas, naturaleza, brazos...resumen de mi vivir sin escatimar recuerdos.

Colores perfectos demostrando valientemente todos y cada uno de mis días vividos.

Líneas rectas y curvas, marcando límites y direcciones...

Sombras, tiñendo de tristezas las horas...

Rostros serios y alegres, observándome...

Pájaros bellísimos, diciéndome ¡Puedes volar!...

Cielo infinito, para el descanso final...

Llanto con lágrimas, limpiando mi alma aventurera...

Mariposas, enseñándome lo efímero de la belleza ...

Agua limpia, clara, purificándome...

Montañas, desafíos eternos para llegar a la cima...

Mar, envolviéndome con su fuerza y amor...

Naturaleza indómita y leal venciendo al mal...

Brazos poderosos sosteniéndome y alentándome a seguir...

¡Todo está allí!

Me sumerjo en esos colores que me atraen como imán. Voy, dócil, sin resistirme. Ya estoy dentro, me contemplo en un rinconcito que como esfumándose con un etéreo celeste se va perdiendo para llegar a su punto final.

¡Qué placer! ¡Qué calma! ¡Qué paz! Y vuelvo a repetir ¡Gracias Señor!



Obra figurativa abstracta, 10, José Mizdraji

Nily Yaeger

Nily Yaeger Bullón es Licenciada en Administración, Mediadora y Negociadora. Docente del Nivel Superior No Universitario. Presente en numerosas antologías.

EL ESCENARIO DE LA VIDA

El sin fin de actores en el escenario de la vida, en el que uno fagocita al otro, lo destruye... tan sólo para apagar su luz por un espacio intrascendente.

Escenario donde transitamos segundo tras segundo los momentos más inesperados que nos puedan ocurrir y al final estamos solos, solos inexplicablemente en esa soledad que nos abrumba, con nuestros propios fantasmas y oscuridades. Pero seguimos siendo los buenos actores de la vida, aquellos que transitamos el cotidiano vivir, con penas y alegrías.

Momentos... tan solo momentos, a veces insignificantes, otros, sin embargo, tan trascendentes y eso depende del rol que nos toque vivir ese día en el gran escenario de la vida.

Emerges de golpe, pese a toda la oscuridad y tus vulnerabilidades, esas mismas que te rodean.

Superando adversidades, emerges y te eriges por sobre todos los demonios que hicieron de tu vida un calvario.

Ves la mano amiga, está por fuera del decorado de la vida, míralos, búscalos, son los brazos extendidos de Jesús ayudándote a levantarte una vez más, de manera resiliente. Él siempre lo hizo, solo que no te dabas cuenta de ello porque tu alma estaba dormida.

¡¡Pero de pronto, despiertas!! ¡Ahora vives! Es el momento de tu crecimiento espiritual! ¡Sí!

¡Es tu hora del rol del que está y es feliz!

RELATOS INSPIRADOS
EN ILUSTRACIONES DE ALMA MIQUEL



El ojo de la inexistencia, Alma Miquel.

Pilar Valenzuela

Nació en Corrientes, 2010. Cursa estudios secundarios de Ciencias Naturales. Obtuvo el primer puesto en un concurso literario de leyendas loretanas en 2024. Nombrada “Escritora regional” en Loreto, Corrientes.

LECCIÓN APRENDIDA

Irreversible ambivalencia,
cegadora con encantos inefables;
Luz de inexistencia,
oscuridad inevitable.
Filo árido y calor falaz
vacío colorido, ilegítimo
a sí mismo y para el otro:
cepo anhelado y atrapante.
Espiral sin retorno, aislado
y sin dignos a juzgar por matar
a ambiciones y amores,
encuentros y pérdidas;
esperanzas y al puro palpitar.
Dicha, resultante ilusoria,
ensueño fantasmagórico
lesión insondable,
lección aprendida.
Certidumbre en derrumbe,
suplicio perdurable en
el tiempo acabable;
retorno avistable, aunque lejano.
Pasado asimilado,
marcado,
¿olvidado?,
resiliencia aparecida.
Lección aprendida.



Hospital amarillo, Alma Miquel

Jaime Miquel

Valencia, 1997. Publicó el libro de cuentos “Estilomágica” en 2021. Preside la Asociación de Artes y Letras de Valencia.

EL HOSPITAL AMARILLO

-¿Y a ti qué te pasa? –me pregunta una señora con la pierna vendada.

-¿A mí? Nada, estoy acompañando a mi hermano.

-¿Qué le pasa?

-Está desesperado...

-¿Por qué?

-Por qué intuye que ha nacido para algo pero no sabe para qué. Y de momento no ha hecho nada.

-Ah, a mi me ha reventado una pierna de tanto caminar.

-¿Solo una?

Iba a la pata coja.

Desde temprano los clientes del Hospital Amarillo esperan pacientemente en la sala. Entran por una puerta que es la antesala de otra puerta y/o de otra más. A cada cual más importante, en una de ellas puede que se salve o pierda.

Aquí estamos esperando todos a que nos llamen; para mejorarnos o al menos que nos den otro punto de vista de nosotros mismos; uno, a poder ser, molecular y favorable.

¿Cómo?, ¿por qué?, ¿cuándo?, ¿cuánto?, ¿dónde?

El Hospital Amarillo.

Nadie saldrá de aquí si alguien no tira la puerta abajo, ¿alguien se dará por aludido?, ¿alguien verá la puerta?, ¿alguien sus piernas? Podría salir un Sol precioso y brillante hoy; si alguien se atreviera a cruzar la larga, interminable y fatigadora sala en la nos estamos derrochando, hasta la puerta.

Si tenemos tiempo para esperar, ¿por qué no esperar con algo entre las manos?

La anciana que hace un momento me contaba lo de su pata coja me coge la mano, y creo que mi hermano, cuya mano estoy agarrando, se siente también agarrada a su vez por la mano de la insólita anciana.

-Esperaremos la resolución de nuestras propias vidas, o si las nuestras las vemos claras por algún momento, las del otro a quien hemos escogido para no esperar solos.

No hay servicio de limpieza humano que recoja este constante flujo de flujos. Máquinas procesan nuestras miserias con gracia, saludan, te preguntan cómo estás. Los médicos acabarán igual; y los pacientes: ¡todos máquinas, dispuestas a hacer lo mejor para que todo siga exactamente como está!

¿Cuánto tiempo más? ¿Cuántas preguntas? ¿Cuánta espera, antes de cruzar la puerta, con el absurdo riesgo de quedarse fuera, lejos del resguardo cándido? ¡Mierda de lujo!

Bárbara Antonini

Nació y vive en Corrientes, Arquitecta. Autora de numerosas antologías. Aprendiz de todo lo que la apasiona, entre otras cosas de la escritura y de la vida.

EL ESPANTAMIEDOS

Veo, veo...que ves?

Un monstruo con ojos y lengua de fuego.

¿Donde? Yo no lo veo.



El monstruo marino, Alma Miquel

En época de la conquista de América los tripulantes temían a los monstruos marinos. Valientes, navegaban desde las aguas saladas de los mares a las aguas dulces de los ríos y desde las aguas dulces de los ríos a las aguas saladas de los océanos.

Los monstruos que habitan en nuestro interior, tienen distintas formas y tamaños, solo existen cuando dejamos que nos asusten, cuando los ignoramos desaparecen. El miedo no me gusta. El monstruo ya no me asusta.

Cuanto más grande es mi coraje más pequeño es mi miedo. Al enfrentar temores, la vida gana valor.

Veó, veó, qué ves?

Veó que la guerra destruye sueños y aterra. Que la violencia busca
someternos por egoísmo y avaricia. eso no es ciencia.

Veó que, sin aire puro, sin agua dulce, sin agua salada, sin tierra
arada y cosechada, sin amor y respeto, sin paz y armonía, no hay
vida, no hay nada. Vivir sin terror es mucho mejor.

La vida es dulce y cuando tenemos miedo es salada.

La valentía y la fe, son mi espada.



Escaleras oscuras, Alma Miquel

Escaleras oscuras, Alma Miquel

Juan José Rojas

Argentino. Carpintero, aficionado a la música y otras ciencias. Modesto lector.

LA MANSIÓN DE LAS ESCALERAS OSCURAS

Oí en un bar de la bahía a orillas del mar al que voy en busca de historias, algunas no concordantes, sobre una mansión donde según algunos, nada extraño sucede; cosas que hacen huir espantados a sus visitantes, narran otras. Y también, quienes creen que es un lugar para descansar y aprender algo.

Hace tiempo quería hacer un poco de silencio y recuperar energía. Actividades que había encarado con un grupo de personas me habían llevado a equivocarme varias veces y quería recobrar cierto orden interno.

Llegué a la casa al atardecer a poco de finalizar el otoño. Aunque aún había luz, las primeras estrellas iban apareciendo cada una a su turno y en su lugar. Me pareció extraordinario ese juego de colores rojizos de rayos de sol atravesando las nubes del horizonte y de las hojas de los árboles que suelen formar esa alfombra tostada y ruidosa. Un aire frío sopló agitándolas y me recordó como una severa advertencia, que el invierno estaba a llegar y una nevada haría casi imposible encontrar suficiente leña para mantener el calor suficiente. Esa sería mi prioridad al día siguiente. Mientras observaba un poco la habitación, acomodé mi equipaje y, luego de comer algo, me senté a disfrutar de un libro y de mi estancia.

A la mañana del día siguiente, fui a recolectar leña y a conocer los alrededores. La mezcla de aromas de los árboles y los sonidos del viento que producía a veces silbidos agudos, otras conversaciones sordas entre las ramas, hicieron de mi tarea un largo recreo.

La casona de amplias habitaciones y altos techos estaba adornada con objetos de arte. Las paredes, algunas pintadas de colores vivos, y las escaleras, tenían motivos recurrentes que ordenaban el espacio.

Mientras recorría los lugares venían a mi pensamiento las cosas que me inquietaban y debido a esto, no presté atención a algunas impresiones que tuve en un primer momento.

Entonces recordé que algunos la referían como "la casa de las escaleras oscuras". Sin pensar, fui en busca de una y trepé por ella rápidamente y de pronto perdí toda referencia; momentos después estaba en el suelo en otra habitación apenas iluminada. Diré que además de golpeado aunque no tanto, lo que sentí fue un gran desconcierto.

Luego de unos momento de shock, me tranquilicé e intenté entender lo que pasó.

Repasé lo sucedido varias veces y recordé que había desaparecido la luz, luego perdí el equilibrio, creí estar en otro lugar cuando fui arrojado a la habitación mencionada.

Me incorporé para poder ubicarme, caminé unos metros hasta atravesar una puerta que me llevó a áreas conocidas.

Recorrí algunas habitaciones buscando descubrir algo que pusiera un poco de luz entre otras cosas, a la oscuridad repentina de las escaleras y encontré un baúl que contenía gran cantidad de papeles, documentos, históricos y geográficos, fotografías y objetos varios, algunos personales. En papeles y fotos aparecían dibujos, alguno de los cuales podían encontrarse en paredes de las habitaciones o al pie de escaleras. Así es que creyendo acertar con algunas indicaciones, subí las escaleras por segunda vez y logré llegar sin problemas al piso siguiente. Allí cerca se encontraba un gran sala donde se exponían fotos y objetos con detalladas referencias.

Además se exhibían imágenes de cera de personas ilustres de la familia propietaria.

En los días siguientes volví a observar las cosas y leer las historias narradas junto a ellas.

A unos metros al salir, encontré otra escalera que subí considerando la anterior. Cuando estaba cerca del final, nuevamente la luz desapareció y me sentí más confundido que la anterior vez. El suelo comenzó a desmoronarse de a poco, se cruzaban corrientes de aire mientras destellos y formas eran visibles por momentos hasta que muy rápidamente fui arrojado de nuevo a la misma sala donde caí la primer vez. ¿ En qué me equivoqué? Fue lo que pensé y quise averiguar. Pero no ese día. Fui a caminar por el bosque para diluir mi frustración. Esa noche me prepararía algo al horno y abriría una botella de vino!

Al otro día, quise saber más sobre la historia de la casa y sus habitantes. Revisé de nuevo el baúl y hallé fotografías de ceremonias y fiestas, muchas en un gran jardín. No vi ninguno hasta entonces. No así. Uno de los miembros más ilustres de la familia, era una dama conocida por su gusto por las fiestas y destacado intelecto. Había llevado a cabo refacciones que dejaron la casa con su estructura actual, hace más de 80 años.



Me acosté ese día pensando en las fotos, imágenes y las historias vistas. A esta altura, estaba casi obsesionado con todo eso. Más tarde en medio de un sueño, se cruzaron imágenes de lo vivido. Sobresaltado me desperté aunque no del todo y anoté un par de líneas sobre las que volvería al día siguiente.

Y así, con la ayuda del cerebro creativo, empecé a vincular las imágenes vistas en mis sueños, en láminas y demás fuentes a disposición y creí encontrar un camino,

inquietante pero probable. Durante mi sueño volví a ver los destellos que aparecieron en la oscuridad, antes de caer al suelo. Habían líneas y signos que se encontraban en los documentos del baúl. También en fotografías del jardín. Uno de esos símbolos también estaba en una caja cerca de la mano derecha de la figura de cera de la dama notable.

La caja contenía un tipo de anillo extraño, probablemente un sello familiar. Otros diagramas indicaban posibles instrucciones de un recorrido a seguir en la oscuridad fuera de la escalera, hasta llegar a un lugar marcado con el signo ya visto.

Esto era en teoría. Había que probarlo y eso quería decir arriesgarse a caer de nuevo y quizá de una manera menos afortunada. Llevar una linterna no parecía ser una medida que ayudaba a sortear el desafío. Quedaba solamente saber si iba a enfrentarlo.

Me propuse disfrutar del almuerzo, de la tarde y decidir después. Debía descansar bien esa noche. Al día siguiente lo intentaría.

Durante la mañana fui en busca del raro anillo y me dispuse a dar el paso, literalmente.

Para mi sorpresa, al seguir las supuestas instrucciones estuve a salvo de la caída no sin cierta inestabilidad. Si bien era optimista con lo presuntamente descubierto, tenía serios temores de que fuera sólo el deseo de haber encontrado una solución.

Al llegar al lugar indicado, usé el anillo a manera de llave y de inmediato se fueron abriendo las puertas hacia un espacio diferente luminoso y agradablemente perfumado.

Casi sin darme cuenta entré en una especie de carro flotante que me trasladó como en un suave tobogán hasta una zona que reconocí de haberlas visto en fotografías.

Pasé unos días más en esta hermosa mansión, disfrutando de su jardín, de sus aromas y frutos, reconociendo especies de plantas, hierbas y de la fauna del lugar.

Con la primer escalera pude reflexionar y ver que, por simple que parezca una tarea, al encararla de manera descuidada, podemos tropezar incluso con lo obvio.

En la segunda, que aún con cierta experiencia o conocimiento de las cosas, las condiciones cambian y debe uno estar alerta para adaptarse a las situaciones.

En la última etapa descubrí que usando la razón y tomando algunos riesgos, se pueden vencer temores y lograr resultados sorprendentes e inesperados.

Las sorpresas de la casa fueron ideadas como un parque temático educativo por la dama notable para sus hijos, familiares y amigos.

Estoy seguro que hay muchas más, que las que acabo de relatar. Tal vez, en el bar de la bahía, a orillas del mar, otra narración está a punto de comenzar.





El planeta antigravitatorio, Alma Miquel

César Facundo Florentin

Creció inmerso en el chamamé, la música y la literatura. Vive en San Luis del Palmar, donde como escritor, busca enriquecer el legado cultural de su región.

EL CODIGO DEL CIELO

Mauricio estaba en el balcón de su departamento, observando la ciudad desde el último piso. La vista era un océano de luces titilantes, ofreciendo todo lo que la sociedad de consumo prometía.

Era de noche, y la calma del cielo contrastaba con el ritmo frenético de la ciudad. Ese rincón del hogar le ofrecía un respiro, un espacio donde la rutina no lo alcanzaba, donde podía simplemente detenerse y mirar.

Sin embargo, esa noche, como tantas otras, un vacío lo acompañaba. No era un vacío material, sino algo más profundo, más insidioso, algo que lo había estado siguiendo durante tiempo, pero que no sabía cómo definir. Tenía todo lo que se esperaba de él: un título profesional, un buen trabajo, un departamento propio, y aún así, algo no encajaba. ¿Por qué, si había logrado todo lo que se suponía que debía, se sentía perdido?

Con los ojos fijos en el horizonte, las luces de la ciudad brillaban como un espejismo, prometiendo más de lo que podían ofrecer. Pero algo había cambiado. Ya no respondía a su llamada. La ansiedad por entender lo que sentía lo llevó a levantar la mirada hacia el cielo, donde las estrellas brillaban en silencio.

Esa noche, algo fue diferente. Las estrellas parecían susurrarle un mensaje sin palabras, un código que aún no lograba descifrar.

¿Te ha pasado alguna vez sentir que el universo está tratando de hablarte en un idioma que apenas entiendes? Mauricio lo intentó. Observó el brillo y la disposición de las estrellas, buscando un patrón, algo que pudiera entender. La búsqueda lo absorbió, y por un momento se olvidó del ruido del mundo, de las luces, de lo que había acumulado. Estaba solo con el cielo.

Sin embargo, el esfuerzo lo agotaba. Sus pensamientos se dispersaban, y su mente se volvía pesada. La pregunta surgió en su interior: ¿no estamos todos demasiado cansados para buscar lo esencial? Antes de quedarse dormido, vio algo en su mente: una palabra escrita con estrellas. No era literal, pero la sintió : “Despierta”

A la mañana siguiente, algo había cambiado en él. No sabía cómo ni por qué, pero al estar nuevamente en su departamento, con la ciudad a sus pies y el cielo sobre su cabeza, comprendió que había vivido dormido, siguiendo un guion ajeno.

Esa reflexión lo llevó a recordar algo de su infancia. En la casa de sus abuelos en Corrientes, había un espacio lleno de vida, la galería donde las reuniones familiares se llenaban de música, fe y alegría. En uno de esos cumpleaños, cuando tenía ocho años, un músico había llegado con su bandoneón, y Mauricio, cautivado, lo observó desde la esquina. Aquella tarde se sembró en él, el deseo de aprender a tocar ese instrumento.

Pero la vida lo llevó por otro camino, uno lleno de logros y objetivos alcanzados, pero sin llenar ese vacío. Ahora, en el presente, se preguntó: ¿por qué no intentarlo ahora? Esa misma mañana, se dedicó a buscar un bandoneón, y al final encontró uno en una casa de antigüedades cerca de su departamento.

Cuando llegó, lo primero que notó fue el olor a madera antigua y a historia. Entre varios objetos, dos bandoneones captaron su atención. Uno estaba en buen estado, pero el otro estaba

desgastado, con marcas visibles del paso del tiempo. Algo inexplicable lo hizo decidirse por este último. No era racional, pero lo sintió. Compró el instrumento.

En su departamento, observó el bandoneón como si estuviera esperando que le hablara. Al desarmarlo cuidadosamente, algo cayó al suelo: una foto antigua de un paisaje nocturno, con un árbol imponente y un cielo estrellado.

En el reverso, una frase escrita con tinta desvaída: “Cuando tengas un problema, ya sabes dónde ir”.

Inmediatamente, recordó un lugar de su infancia en Alvear, Corrientes. Un campo cercano a la casa de sus abuelos, donde una vez había visto un jacarandá bajo un cielo tan claro como el de la foto. Algo lo impulsó a ir. Sin pensarlo demasiado, subió al auto y partió hacia allí.

Al llegar, bajo el cielo estrellado y junto al jacarandá, Mauricio sintió que algo se alineaba. Se sentó debajo del árbol, mirando las estrellas. Recordó esa noche en el balcón de su departamento, cuando había creído ver un código en las estrellas. Ahora, sin cansancio, buscó ese mensaje que tanto lo había inquietado.

Con el tiempo, entendió: las estrellas no eran solo puntos dispersos, había un orden, un mensaje.

Y en ese instante, comprendió lo que necesitaba saber: “Estoy despierto”.

El aire pareció moverse y, frente a él, apareció un portal luminoso. Mauricio, con el bandoneón en las manos, dio un paso hacia adelante y cruzó el umbral. En el otro lado, un campo iluminado por una luz suave lo recibió. Frente a él, el músico de su sueño, el mismo hombre que tocó en la fiesta de su abuela, lo esperaba.

El músico sonrió y señaló el bandoneón en sus manos. “Ese era mío. Fue mi compañero durante muchos años, con el hice volar a las Calandrias “; dijo. Luego, con firmeza, añadió: La vida no es juntar cosas. La vida es compartir emociones”.

Ese mensaje retumbó en el pecho de Mauricio. Entendió que el vacío que sentía no se llenaba con títulos ni bienes materiales. La verdadera riqueza radicaba en lo que se compartía con los demás. Cuando despertó, bajo el jacarandá, el bandoneón seguía a su lado. Sonrió, porque por fin se sentía pleno, ligero, y despierto.



Retrato de alguien que nunca ha existido, Alma Miquel

José Juste Esquer

Nacido en Valencia, es poeta, escritor, recitador y psicólogo. Sus poemas y relatos han sido incluidos en diversas obras publicadas. Ha recibido varios premios literarios en poesía y narrativa y ha colaborado en revistas literarias. Miembro de distintas asociaciones literarias, es también un apasionado del cine, la música y la fotografía. Además, es un firme defensor de los derechos humanos.

LA NADA CARMESÍ

Una noche más me asomo al espejo como un acto compulsivo con el que intento escapar de la soledad y el desamparo. A mis pies, unas desmadejadas prendas de vestir y un imperceptible resto de dignidad. Contemplo la imagen que me devuelve. Percibo líneas, colores, signos, señales, gestos y una mirada que no sé si me mira o si mira a alguna parte. ¿Es la geométrica corporalidad de algún ser maléfico o angelical? ¿Es acaso el aura de algún ignoto alter ego? Parece esbozar una triste sonrisa, o tal vez una mueca geométrica en el rostro. Me viene a la memoria la icónica, leve y etérea sonrisa de La Gioconda. ¡Quisiera comprender esa sonrisa, Leonardo! ¿Intentabas plasmar en ese retrato la delicada languidez del alma de una mujer, o de un hombre con alma de mujer? ¿Paz, arrepentimiento o tristeza infinita? Nunca lo sabré. Y tampoco me importa demasiado. Prefiero concentrarme en el rostro y en la figura recreada. No sé si es un puro espejismo. No sé si hay alguien dentro y fuera del azogue. No sé si la existencia es una certeza o una quimera. Esas dudas me resultan insoportables. La soledad y el silencio me abruman. Pienso que ni siquiera yo estoy conmigo. Hace demasiado tiempo que no tengo nada que decirme y el recurso inútil de llamar sin respuesta y de esperar a los que nunca han venido, dibuja en mi propia máscara una sonrisa de arlequín.

Formo parte de la Nada Carmesí.

Me hallo inmerso en su infernal laberinto como una estatua de sal.

Nací o fui creado en ella. No sé para qué. No sé por qué.

No sé por quién: un dios o un demonio.

No sé dónde puede haber alguien más.

No sé si existe o existió alguien más dentro o fuera de mí,

dentro o fuera de los espejos, dentro o fuera de la Nada Carmesí.

Buscadme dentro. Buscadme fuera.

Sé que soy aunque no esté.

Sé que existo y soy aunque no esté.

Buscadme tras mi máscara.

Tras mi envoltura.

En lo más profundo de mi prisión carmesí.

Hoy ha sido para mí otro día rojo,

muy apropiado para alguien como yo

inexorable víctima en esa infinita Nada Carmesí:

roja como la sangre que brota de las heridas,

roja como la muerte roja,

roja como el dolor y el sufrimiento interminable que conlleva el no formar

parte del devenir de la historia y del tiempo.

Los días carmesí son mucho peores que los días negros,

porque son más despiadados y no admiten redención.

Debo confesar que hace mucho tiempo que no lloro.

No derramo lágrimas incoloras, ni lágrimas verdes asociadas a la esperanza

y ni siquiera lágrimas rojas.

Pero si existe alguien en otra dimensión, en otro universo,

en otro cielo o en otro infierno y me escucha, que sepa que no está solo.

¡Que me busque! ¡Que me busquen!

Más allá de todo.

Más allá de la Nada Carmesí.

Buscadme dentro.

Sé que soy aunque no esté.

Sé que existo, cuando no estoy y sé que estoy cuando no existo.

Buscadme tras mi máscara.

Tras mi envoltura.

Tras mi sonrisa-mueca geométrica.

Seguid el rastro de mis pesadillas.

Son muy reales, visibles y activas. Se expresan con toda claridad y
ello no

es del todo malo: porque lo absolutamente pasivo, inexpresivo e
invisible

puede llegar a ser demasiado aterrador.

Mi afán de usar mi ganzúa racional no me ha ayudado a pensar, ni a
comprender, ni a liberarme de mí mismo ni de mis miedos.

No me ha ayudado a ser y a estar.

No me ha ayudado a sentirme yo mismo, ni siquiera a sentir.

Me quedan innumerables preguntas sin respuesta y mis mejores
utopías

agonizan de inanición.

Pero sabed que dentro de mí aún conservo mis anhelos de alcanzar
la

belleza y el amor aunque sea en la fugacidad de un infinitesimal
instante.

Esos anhelos son más reales que yo porque son y están aquí y
ahora, y la

vida solo es posible en el presente. Me aferro a esa creencia.

Buscadme dentro. Buscadme tras mi máscara.

Tras mi envoltura.

Tras mi sonrisa-mueca geométrica.

Quiero hallar la salida de mi laberíntica prisión carmesí. Deseo
renacer y salir de

ella sin mentiras ni espejismos y con el corazón galopando rumbo a
la Vida

Sintiente.

De una vez dejar de sufrir atrozmente por las cosas que pudieron ser y, más aún,
por las que merecieron ser y no fueron.
¡Qué inmensa desolación siento de no haber sido y de no haber estado desde mi origen!
Quiero hallar una salida y, dejando atrás la Nada Carmesí, encontrarme contigo,
con vosotros o conmigo al otro lado del espejo.
Buscadme dentro. Buscadme tras mi máscara.
Tras mi envoltura.
Tras mi sonrisa-mueca geométrica.
Si no puedo ir os seguiré esperando.
Y la imagen que habita en el espejo supongo que también.



Retrato de alguien que nunca ha existido

Alba Grismado

Periodista, locutora, escritora. Instructora de Yoga y Mindfulness.
Presentadora de programas de televisión

EL ESPEJO

Cuando cantó el gallo se levantó de la cama pesadamente. Le costó abrir los ojos. Se restregaba el rostro con sus dedos rugosos y lo primero que hizo fue caminar hacia el espejo. Todos sus días comenzaban de la misma manera.

Como si buscara sus respuestas frente al espejo. Se miraba el rostro, pero en realidad, parecía que quería mirar en su interior. El espejo le revelaba una crisis profunda, un gran sufrimiento. Su rostro era un paisaje sombrío.

Con sus dedos gruesos y callosos intentó peinarse lentamente. Empezaba a amanecer y la única luz que se veía en el cuarto era la del sol pegando en el espejo. También se reflejaban las rejas de la ventana y algunas sombras que se movían rápidamente entre el follaje.

Solo tristeza transmitía su rostro. Una tristeza profunda que no había pedido permiso para entrar. Se había ido el brillo de sus ojos y sentía que su fuego interior se había apagado poco a poco. Solo quedaba en él un gran cansancio que no se podía sacudir y ni el descanso de esa, ni tal vez de ninguna otra noche venidera, le alcanzaría para diluirlo. Su alma tenía una marca de desolación que no se veía en el espejo, pero que él sentía en cada rincón de su ser.

Esa tristeza le calaba hasta los huesos, se apoderaba de sus pensamientos, de sus horas que pasaban sin consuelo, de los días sin forma. Un peso que no podía poner en palabras. La depresión cubría todo como la niebla más densa y le robaba los colores del mundo. Su mirada perdida, sus gestos, lentos y cansados. Una sensación de estar incompleto. Sentía la ausencia de todo lo que alguna vez le dio sentido. La alegría, la motivación, las pequeñas cosas que solían iluminar sus días, ahora se sentían como recuerdos de un lugar lejano. Y lo peor de todo era la sensación de saber que eso quizás nunca volvería. Que el vacío se quedaría para siempre.

Apretando los dientes y con profundas arrugas. Se pasaba las manos por el rostro, tocándose como si quisiera reconocerse...sus ojeras profundas eran bolsas debajo de sus fatigados ojos. Sus labios resacos y agrietados quisieron ensayar una sonrisa, recordarla tal vez, pero era falsa, forzada, sin brillo. No había hecho ese gesto por tanto tiempo que le era difícil tratar de recordarlo.

Hasta sus ojos se sentían tan atrapados y angustiados en este ejercicio que comenzaban a moverse involuntariamente en un

intento de escapar del reflejo ante el espejo. Sus pupilas se habían apagado, les faltaba vitalidad. Aunque seguían allí, en el espejo mientras sus pensamientos aterradores lo abrumaban insistentemente. Esas heridas del pasado se notaban en su rostro.

Esa traición, esa violencia, ese abandono, cerraron su corazón y lo llevaron a desconfiar de todo.

Mientras tanto en el patio, las sombras bailaban al ritmo de la luz que el sol marcaba al seguir ascendiendo.

En el cuarto, el hombre frente al espejo, veía la desilusión de saber que el mundo no es como lo prometían los sueños de juventud. Las promesas rotas, las expectativas que no se cumplen. Había perdido la fe, no tan solo en los demás, sino también en sí mismo. Su vista seguía firme mirándose con una mirada fría, desconectada, cargada de frustración e impotencia. Rabia, reprimida, no expresada. Una energía destructiva que lo estaba corroyendo desde adentro como una sombra que oscurecía su visión del mundo haciéndole ver todo a través de un filtro de hostilidad y desconfianza. La intensidad de su mirada también tenía un aspecto feroz y peligroso, como si la furia estuviera a punto de estallar...nuevamente. Como aquella vez...

Había perdido su proposito, o quizás nunca había sabido cuál era. Andaba sin rumbo, apático y desesperanzado. Sin motivación y sin razón para levantarse cada día. Hoy se levantó por los ruidos que había escuchado afuera ya que tenía mucho miedo y desconfianza, pero estaba como embriagado y se entretuvo en el espejo...no había llegado hasta la ventana para tratar de ver la razón de los ruidos que escuchó.

Su vida era una sucesión de días grises. Como cada día, los recuerdos que lo atrapaban se adueñaron de él y volvió a recordar aquél momento que tal vez fueron minutos pero que para sí, eran años. Se sentía siempre buscando algo que no sabía que era. Resignado por tantos golpes. La resignación. La muerte emocional en vida. Estaba rendido ante un destino que sentía irreversible. Ante un destino que sentía que no podía cambiar. Sus ojos mostraban esa rendición del que no espera nada del futuro o que solo espera lo peor.

Su mente y corazón se sentían en una prisión sin puertas...En ese camino hasta allí, lo habían atravesado los peores sentimientos del ser humano, los que nacen de las sombras más profundas del alma, esos que erosionaron su esencia misma. Las fuerzas oscuras que cuando se desataron, arrastraron consigo la luz y la esperanza de su vida y de su mirada. La soledad, devastadora compañía...un vacío insondable que se expande en el corazón, un abismo sin consuelo. El desamparo que duele en silencio, la ausencia que pesa como un manto frío sobre la piel. El desarraigo más profundo, cuando el alma busca un abrazo que nunca llega.

Diariamente lo azotaba la culpa, con su látigo invisible. Y no podía escapar. La llevaba como una piedra en el pecho, perpetuo recordatorio de errores pasados que no se pueden deshacer. La culpa se arrastraba, como muchas veces lo hace él, para pedir un pedazo de pan o recoger las sobras que han quedado y poder comer. Se arrastraba junto a él, reviviendo las decisiones erradas, las palabras que no dijo, las oportunidades que perdió. Incluso cuando el sol brillaba afuera, la culpa siempre oscurecía su alma. Llevaba el peso de haber fallado, de haber dañado de manera irreversible. Su condena no tenía una pena judicial, era una condena interna que lo hacía sentir indigno, responsable de un error que parecía no tener perdón. Iba por la vida pensando que nunca tendría redención. El frío corrosivo de la vergüenza lo quemaba de a poco, con una quemadura que no se curaría con el tiempo. Era libre, pero vivía en una cárcel invisible, donde su dignidad se desangraba y ni la autocompasión existía... Era libre?

Su alma envenenada por la envidia, ese veneno que se bebe en silencio. Esa sombra se fue colando en su corazón, alimentándose de lo que creía que no tenía y de lo que pensaba que no era. Nunca se saciaba. Siempre buscando en aquél otro hombre, algo que él creía que no podía alcanzar. Siempre comparándose y preguntándose por qué el sí lo había conseguido. Ese amor al que él, no pudo acceder. Con enorme resentimiento y frustración se veía totalmente desamparado frente a un mundo gris y pesado. En este ciclo, lo consumía el rencor, cargando dentro de sí un enorme peso que deseaba venganza, corroyendo más su corazón y perpetuando su sufrimiento.

El miedo, en sus formas más intensas, lo paralizaba, ahogando su capacidad de actuar o pensar con claridad. Era prisionero de lo desconocido, de lo que podría suceder, viviendo en constante alerta. Minadas completamente su energía y voluntad. El yugo del miedo era su opresor más grande, uno de los demonios internos con los que luchaba desde aquél día...Ni siquiera podía encontrar un destello de luz. Ni siquiera podía darse cuenta que el sol había salido y estaba pegando contra el espejo. Ese espejo que le devolvía un rostro desconocido, opaco, doliente y sin brillo. Se despreciaba, se criticaba constantemente, tenía la sensación de no ser ya suficiente y no poder nunca más salir de ese bucle en el que estaba sumergido. Se veía indigno de amor o respeto. Se miraba al espejo y se veía inferior, incapaz, atrapado en un ciclo de autodevaluación que cada vez más oscurecía su ser. Impotente por no poder cambiar sus circunstancias. Atrapado en una vida que no eligió. La desesperación y el dolor de no poder hacer nada para cambiarlo lo fueron transformando día tras día en un ser cada vez más oscuro. La desesperación apareció un día como una sensación de estar atrapado en un ciclo de interminable padecimiento, en un pozo sin fondo que no tiene salida. Se borró toda la luz, ya nada tenía sentido ni rumbo para él. Era como estar a la deriva en un mar de incertidumbre.

Su oscuridad se había vuelto demasiado densa, abrumadora. No tenía nadie con quien hablar, nadie en quien confiar. Solo veía en su camino la neblina de la desesperación. Se veía solo, vulnerable. El rencor, el dolor no resuelto, la injusticia que sentía, se acumularon en su corazón y enceguecieron su accionar. Todo lo que le quedaba era una resignación amarga, una aceptación de su sufrimiento o... Se sintió estafado! Desamparado! Estaba en el abismo.

Hace tiempo venía conteniendo esa ira que ahora lo desbordaba como una fuerza destructiva que iba consumiendo todo a su paso. Esa llamarada cegadora borró su razón. Un grito retumbaba en su pecho y ahogaba completamente su paz. Envenenados sus pensamientos, le impedían ver más allá de su horrible sufrimiento. La ira sacó lo peor de sí, nubló su visión y destruyó todo a su paso! Logró, finalmente apagar su furia. Pero había dejado profundas heridas...

De pronto, en el espejo, también vio detrás de sí el rostro de otros hombres.

Rostros duros, toscos. Así como la tristeza que sentía no le había pedido permiso para entrar, tampoco ellos lo habían hecho. No se había dado cuenta de los insistentes golpes, gritos y ruidos que los precedieron. Cuando la puerta del cuarto se abrió, vio detrás suyo, en el espejo, el rostro de otros hombres.

Hombres uniformados y de aspecto severo que en un solo instante lo redujeron, tomándolo fuertemente por los brazos. Era inútil la fuerza que le aplicaron. El ya no se resistiría. Estaba débil, rendido. Cansado de temer, cansado de huir.

Y rápidamente volvieron a pasar por su mente los recuerdos de aquel día. El día en que su visión se nubló y perdió la razón. No aguantó más el peso de saber que lo habían traicionado. El día en que se cegó por completo y no pudo mirar hacia adelante. Solo la ira lo dominaba. Ahí estaba, sin saberlo, sin ser consciente, sin darse cuenta. Agotado, agobiado. Con un cuchillo ensangrentado en sus manos. Su ropa manchada y a sus pies, un enorme charco rojo. En el piso, la que fue su mujer. La que lo había engañado. Ella, ya no vivía...

Escritores de Corrientes y de Valencia escriben inspirados en las pinturas de José Mizdraji y Alma Miquel.

José Mizdraji es un consumado artista plástico correntino de larga trayectoria y merecido reconocimiento, Las obras seleccionadas para este libro son figurativas y abstractas, con inspiración en el paisaje. Sus trabajos, abren la puerta a otra realidad para hacer visible lo que el ojo superficial se niega a ver empecinadamente.

Alma Miquel es un joven correntino que reside en Valencia (España) desde muy joven. Sus ilustraciones de adolescente representan escenas surrealistas y caricaturescas con figuras antropomorfas de colores vibrantes o duros y enigmáticos retratos con predominio de formas geométricas,

Un dibujo de la poetisa correntina Marily Morales Segovia, fundadora de la Asociación de Artes y Letras de Valencia, poetizado por Rocío Palacio, completa la galería de este libro, a modo de Introducción.

